

TEOTIHUACAN: OFRENDAS DE LOS TEMPLOS DE QUETZALCOATL

Por DANIEL F. RUBÍN DE LA BORBOLLA

Las ofrendas a que se refiere este estudio fueron descubiertas en 1939, durante las exploraciones realizadas por el doctor Alfonso Caso y el señor José Reyes, en el conjunto de edificios denominado La Ciudadela, de la Zona Arqueológica de Teotihuacán.

En la exploración de la Ofrenda 2 del llamado templo de Quetzalcóatl Nuevo tomaron parte la doctora Ada D'Aloja y el autor.

Las ilustraciones fueron ejecutadas en los laboratorios del Instituto Nacional de Antropología e Historia, por el señor Luis Limón.

Los objetos descubiertos se exhiben ahora en el Museo de la Zona Arqueológica de Teotihuacán, y en la Sala de la Cultura Teotihuacana, del Museo Nacional de Antropología.

Teotihuacán ha sido explorado por numerosos investigadores en distintas épocas. El arqueólogo casi nunca descubre, originalmente, una zona arqueológica, porque ésta es conocida, cuando menos, por los vecinos de los pueblos cercanos a la localidad. Y cuando explora, casi nunca logra agotar las investigaciones, a veces por falta de recursos económicos, otras por la necesidad y conveniencia de conservar una parte para estudios futuros y, además, porque en muchos casos toda una vida de dedicación a una zona no sería suficiente para agotarla.

Teotihuacán está muy lejos de haber sido el descubrimiento sensacional de algún sabio del siglo pasado, porque era un lugar conocido desde

siglos atrás. Sin embargo, el interés fué siempre grande, y lo denota el hecho de que el primer trabajo serio se efectuó en 1864, cuando el ingeniero Ramón Almaraz, miembro de la Comisión Científica de Pachuca, levantó el primer plano de la zona.

En 1880 los *Anales del Museo Nacional* publicaron el primer trabajo sobre Teotihuacán, escrito por Gumersindo Mendoza. Por la misma época Hubert Howe Bancroft hizo un resumen de lo hasta entonces conocido, y dió una bibliografía bastante completa para su tiempo. En 1885 Désiré Charney efectuó una exploración en la llamada Calzada de los Muertos, mientras que, en 1887, William Holmes publicó una descripción y un plano en perspectiva, tan exacto y brillantemente ejecutado como los de Monte Albán, Mitla y otros sitios arqueológicos visitados por él. El primer artículo de Leopoldo Batres apareció en 1889; el último, después de imprimir varios, en 1910. Antonio Peñafiel publicó, en el mismo año, una obra en dos tomos. Es así como se han venido acumulando las descripciones y desarrollando las ideas acerca de Teotihuacán.

El trabajo de exploración realmente se debe a Leopoldo Batres, Manuel Gamio y, más tarde, a José Reygadas Vértiz. De los tres, Gamio hizo la obra más grande, y sus investigaciones abarcaron tanto el aspecto arqueológico como el colonial y el actual. Reygadas continuó el trabajo de exploración de Gamio, y en su informe a una reunión del Congreso de Americanistas, hace una descripción detallada de la técnica de exploración del Templo de Quetzalcóatl. Los últimos exploradores han sido Sigvald Linné, de Estocolmo; George C. Vaillant, de Nueva York, y Alfonso Caso.

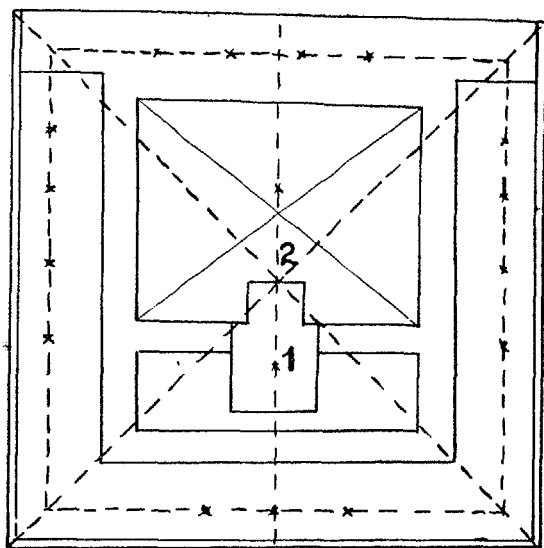
Fuera del hallazgo accidental de algunos entierros, descritos por Ales Hrdlicka, y los que encontró Linné en Xolalpan, hasta hoy no se ha trabajado en el cementerio. Se conocen objetos del *débris* de los templos y algunas ofrendas cuyo hallazgo también fué accidental.

LAS PRIMERAS OFRENDAS

En 1939 el doctor Caso¹ inició la exploración del Templo de Quetzalcóatl, dentro del sistema llamado *La Ciudadela*, para estudiar las superposiciones y comprobar datos encontrados por él en Monte Albán. Al pie de la escalera del Quetzalcóatl Viejo, edificio que ostenta grandes cabezas de serpientes y de dioses, se hizo un pozo para continuarlo más tarde en forma de túnel (planos 1 y 2). Debajo del piso de estuco, a una profundidad

¹ Los estudios iniciados por el doctor Alfonso Caso, en 1939, originaron una exploración permanente del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

no mayor de un metro, se encontró una ofrenda consistente en cuatro caracoles grandes (figs. 4, 5 y 6) (*Fasciolaria gigantea* Swby); * cuentas de piedra verde, entre ellas algunas de jade (fig. 12); puntas de flecha, navajas y cuchillos de obsidiana; conchas perforadas y mosaico del mismo material (*Spondylus limbatus* Swby y *Pecten* sp.) (fig. 2); dientes humanos con mutilación e incrustación de pirita, del tipo "X" (fig. 14), etc. Todos estos objetos constituyen la ofrenda I del Quetzalcóatl Viejo.



LA CIUDADELA.
1 y 2, ofrenda.

La exploración se interrumpió porque, al iniciar el túnel, se encontraron los escalones de una estructura interior y no se contaba con elementos suficientes para hacer una exploración en mayor escala.

Se procedió a hacer una exploración semejante en el edificio del Quetzalcóatl Nuevo, es decir, el que está situado precisamente enfrente del Quetzalcóatl Viejo y que, al construirlo, cubrió las cabezas de serpiente de este último. Se hizo un pozo central y se continuó hacia dentro de la pirámide por medio de un túnel (planos 1 y 2).

A poco más de un metro de la entrada se comenzaron a encontrar fragmentos de huesos humanos y de animales y algunos objetos dispersos (fig. 7). Al continuar la exploración se notó que se trataba de una ofrenda de

* La verificación de los nombres científicos se debe a la gentileza y valiosa colaboración de Manuel Maldonado K.

innumerables piezas de diversa naturaleza, que ocupaba posiblemente un amplio trecho del relleno interior del templo. De hecho la ofrenda abarcaba una superficie de más de tres metros de longitud por casi un metro de ancho.

En ambos casos se trata de las ofrendas de los templos respectivos. Debe hacerse notar, sin embargo, que el hallazgo sólo representa una cantidad pequeña que sobrevivió a la destrucción natural. Muchos de los objetos deben haber sido hechos de materia orgánica: figuras de papel, adornos de plumas, telas, objetos de madera y resinas, etc. Pero sólo se encontraron los de materia inorgánica: piedra, jade, obsidiana, arcilla, etc.

La ofrenda 1 corresponde a la época de construcción de la fachada con dioses y serpientes. Falta buscar la que está asociada con la estructura interior, cuyos escalones fueron descubiertos al hacer el pozo de la ofrenda 1.

Los objetos están hechos de los siguientes materiales:

Arcilla (cabecitas humanas y de animal).

Concha (conchas perforadas, cuentas, discos, mosaicos).

Hueso (agujas).

Jade (cuentas, esculturas humanas, orejeras y penachos).

Mollusca (cortados, perforados y tallados).

Obsidiana (cuchillos, figuras humanas y zoomorfas, navajas y puntas de flecha).

Pirita (espejos e incrustaciones dentarias circulares).

Diversa (pasta de pintura (?) amarilla y pizarras pintadas).

El inventario de los objetos también es interesante:

Agujas de hueso.

Cabecitas de animal, de barro.

Cabecitas humanas, de barro, tipo teotihuacano.

Caracoles pequeños (no se pudo hacer la identificación).

Caracoles cortados (*Oliva angulata Lamarck*).

Caracoles perforados (*Oliva porphyria Linnaeus*).

Caracoles labrados (*Fasciolaria gigantea Swby*).

Conchas perforadas (*Spondylus limbatus Swby*).

Cuchillos labrados de obsidiana.

Cuentas cilíndricas de jade.

Cuentas esféricas de jade.

Cuentas rectangulares de concha (*Spondylus limbatus Swby*).

Discos de concha (*Pecten sp.*)

Dientes humanos mutilados (véanse incrustaciones).
 Espejos de pirita.
 Figurillas humanas de jade.
 Figurillas humanas de obsidiana.
 Figurillas zoomorfas de obsidiana (serpiente).
 Huesos humanos (fragmentos).
 Huesos de animal (fragmentos).
 Incrustaciones dentarias de pirita.
 Jade en piedra sin labrar.
 Mosaico de concha (*Spondylus limbatus* Swby).
 Navajas de obsidiana.
 Penachos de jade.
 Pintura (?) amarilla en pasta.
 Pizarras pintadas.
 Puntas de flecha de obsidiana.
 Orejeras de jade con tapón rojo.
 Orejeras de jade, pequeñas, desmontables.

ESTUDIO DE LAS OFRENDAS

Se destacan en primer término los materiales. La arcilla, hueso, obsidiana, pintura amarilla y pizarra, pueden obtenerse en la región, es decir, forman parte de sus recursos naturales. Son famosos los depósitos de obsidiana que, sin duda alguna, sirvieron a muchos grupos humanos antes y después de los teotihuacanos. Los otros materiales: concha, jade, *Mollusca* y pirita, no se encuentran en el Valle de México. La concha proviene de dos regiones distintas: la *Spondylus limbatus* Swby se encuentra desde Mazatlán hacia el norte del Pacífico. Por lo que hace a los caracoles, *Oliva angulata Lamarck*, provienen del Golfo de California, lo mismo que *Fasciolaria gigantea* Swby. Las regiones del jade más cercanas son Guerrero y Oaxaca; la pirita existe más cerca del Valle de México, en la región de Pachuca. Todo lo dicho indica que los teotihuacanos tenían relaciones, directas o indirectas, con otros grupos fuera del Valle. También es probable que hayan aprendido a hacer uso de esos materiales antes de su llegada a Teotihuacán. Las pinturas murales del templo de la Agricultura tienen escenas de vida acuática, con grandes caracoles (*Fasciolaria gigantea* Swby, sin duda alguna). La concha se utilizó como elemento decorativo en la cerámica.

De los objetos de la ofrenda se puede hacer la siguiente clasificación: utensilios, adornos, representaciones, materiales y *diversa*. Son escasos en variedad los utensilios de las ofrendas; éstos consisten en agujas de hueso con el ojo para ensartar; navajas de obsidiana, algunas de ellas de más de 35 cm. de longitud; puntas de flecha que varían en tamaño desde 7 cm. hasta 5 mm., estas últimas, indudablemente, no tuvieron utilidad práctica. Los cuchillos labrados podrían ser clasificados como tales, pero por ser tan pequeños, más bien parecen ser piezas simbólicas, aunque bien pudieran haber sido usados para la efusión de sangre en los sacrificios.

Los adornos son numerosos: caracoles cortados y perforados, cuentas de jade y concha usadas para sartales, discos de concha y espejos de piritita que, probablemente, formaban parte de la decoración de algún manto o vestido; orejeras de jade, con tapón rojo hecho de estuco que, seguramente, eran colocadas en figuras humanas o máscaras, aunque pueden haber tenido otro valor o papel en la ofrenda. Las pequeñas orejeras no pertenecen a esta clase, aunque servían las mismas funciones.

Las figuras humanas hechas en jade pueden clasificarse en cuatro tipos: A: tipo plano de placa, sencillo, con resplandor desmontable (fig. 15); B: tipo de escultura más abultado, con resplandor desmontable y pivote para fijarlo o adherirlo por la parte posterior (fig. 15); C: tipo de escultura con banda en la frente, pelo cortado sobresaliente de la banda, resplandor y orejeras desmontables (figs. 1 y 18), y D: el tipo *desorejado*, forma natural, de tamaño mayor que los anteriores, sin banda ni pelo, con resplandor y orejeras desmontables (fig. 17). Ya con anterioridad se conocían los tipos A y C. Este último ha aparecido en la tumba 29 de Monte Albán, época III, y en Tzintzuntzan, en una tumba que contenía, entre otras cosas, un bellísimo ejemplar de tipo olmeca y pequeños penates tarascos que bien pueden corresponder a una época anterior a la última de dicho lugar.

Los nuevos tipos se distinguen por el tallado, y por las orejeras y el resplandor desmontables, que completan los adornos de la pieza. Se ha llamado resplandor desmontable a una plancha de jade en forma de almena, que es muy común en las representaciones indígenas (figs. 16 y 18). Esta pieza, generalmente, tiene dos agujeros en el centro. Abundan piezas idénticas, halladas en muchas regiones de México; pero, hasta ahora, no se había podido descubrir su verdadero uso. Al explorar la ofrenda, se encontraron varias figurillas de jade, colocadas sobre los llamados resplandores, lo que hizo suponer cuál era su uso. Este se confirma en otras representaciones, como en la famosa urna de la tumba 77 de Monte Albán, período II, que tie-



Fig. 1.—Escultura de jade, con banda y pelo; orejeras y resplandor desmontables. Ofrenda 1, Quetzalcóatl nuevo.

nen detrás de la cabeza un resplandor idéntico. Esta forma de decoración es especialmente abundante en las urnas zapotecas. Probablemente se trate de la representación de un resplandor de papel o de cuero.

Son notables las diferencias que existen entre estas figurillas y las que provienen de otros lugares (fig. 19). Mientras que las llamadas olmecas y las mixtecas tienen los brazos cruzados, con una expresión facial que las caracteriza físicamente, las teotihuacanas impresionan por el tipo facial, por la realidad de la expresión humana, porque todas tienen las extremidades superiores en posición natural y pegadas al cuerpo, las inferiores algo separadas y el cuerpo bastante bien conformado. En algo se parecen, facialmente, a las figurillas de barro llamadas *retratos*.

Son clásicas las representaciones humanas y de animales hechas en obsidiana y muy numerosas en las dos ofrendas. Se encontraron cuatro bellísimas puntas en forma de serpiente (fig. 9). La ejecución de este trabajo sobrepasa toda obra de labrado y pulimentado de piedra y sólo la iguala el tallado de los pequeños cuchillos.

La piedra de jade en bruto se presta a reflexiones (fig. 11). Si se trata de la ofrenda del templo, ¿qué importancia tenía esta piedra sin labrar entre los objetos? Valdría la pena estudiar el papel que desempeñan, y el valor individual que tienen los distintos componentes de estos tipos de ofrendas, que son tan frecuentes en los edificios. El valor intrínseco del jade, entre los indígenas, no es necesariamente la única razón por la que fué colocado en la ofrenda.

Se encontraron unos discos de pasta de color amarillo vivo. En un principio se creyó que fuesen de copal. Uno de ellos tenía una cabecita, tipo retrato, pegada con barro sin cocer. Esto hace suponer que las otras pueden haber estado colocadas en la misma forma. Los espejos de pirita de la ofrenda son de dimensiones casi idénticas. Conviene hacer notar que los discos amarillos pueden haber sido de pirita o de jade que con la humedad y el tiempo se desintegraron adquiriendo ese color. Sin embargo, se conocen incrustaciones de pirita oxidada o desintegrada que adquirieron un color morado. Las pizarras de la ofrenda, pintadas de rojo, abundan en Teotihuacán. Colocadas adecuadamente, deben haber formado círculos decorativos sobre algún fondo cuyo material se desintegró.

No faltaron, como era de esperarse, los fragmentos de huesos de animales: de venado, liebre, cacomiztle y un molar de coyote, además de fragmentos de huesos humanos. Por desgracia sólo se encontraron pedazos de

un parietal derecho y dos dientes, uno de ellos mutilado y con una incrustación de pirita, tipo X.² No es sorprendente el hecho de haber hallado sólo un fragmento de cráneo en una ofrenda y dos dientes en la otra, como únicos restos humanos. Los huesos de animal, por su abundancia y colocación, indudablemente forman parte de la ofrenda, mientras que los restos humanos deben haber pasado a la pirámide juntamente con la tierra al rellenar el hueco de las ofrendas. De todos modos, estos fragmentos correspondieron alguna vez a algún entierro teotihuacano.

Es de notar, por último, que el tipo de mutilación dentaria que se encuentra en el diente de referencia, el de la ofrenda 1, sólo es común al sur de México, especialmente favorito de los zapotecos y mayas, y es poco conocido en la altiplanicie, donde la mutilación dentaria más común era el afilamiento o aguzamiento del diente.³ En una de las pinturas recientemente descubiertas en Teotihuacán se puede ver a un individuo que, con un instrumento en la mano, está efectuando algún trabajo u operación en la boca de otro, que está sentado. El señor Agustín Villagra, quien ha hecho una copia fiel de la pintura, cree que la escena muestra una operación de mutilación dentaria. Las mutilaciones dentarias en Teotihuacán son raras, pero las incrustaciones lo son aún más, de modo que en este pequeño objeto se encuentra, nuevamente, una relación de los teotihuacanos con grupos del Sur.

Como ya se hizo notar, la ofrenda ocupaba un espacio de más de 3 metros y medio de longitud, comenzando a poco más de un metro dentro de la pirámide misma. Los objetos estaban colocados en pequeños grupos de una o varias figuras humanas de jade con sus respectivos resplandores; uno o más pares de orejeras grandes con tapón rojo; dos o más caracoles perforados o cortados; una o dos conchas perforadas; un sartal de siete cuentas de jade; algunos cuchillos labrados, de obsidiana; dos o más espejos de pirita y discos de pintura (?) amarilla. Todo esto sobre una especie de lecho formado con navajas de obsidiana.

Los grandes caracoles fueron encontrados en la ofrenda 1 del templo del Quetzalcóatl Viejo y constituyen, indudablemente, una ofrenda clásica a dicho dios; mientras que, en el caso de la ofrenda 2, sólo podemos guiarnos por los pequeños caracoles cortados y los perforados, que eran adorno característico de su collar.

La ofrenda 1, de aparente pobreza, se encontró toda formando un solo

² Rubín de la Borbolla, 1940.

³ *Ibid.*

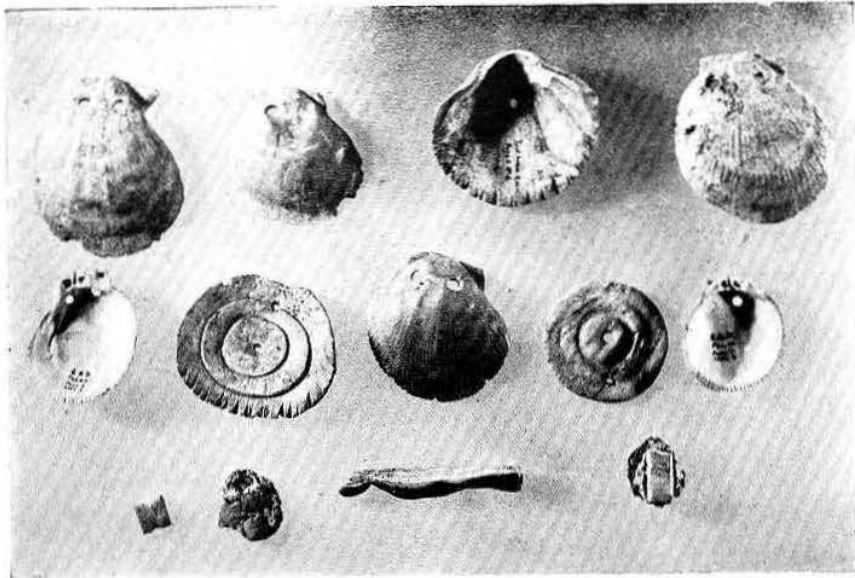


Fig. 2. Conchas perforadas y discos y mosaicos de concha (*Spondylus limbutus* Swby y *Pecten* sp.). Ofrenda 2 del Quetzalcóatl Nuevo.

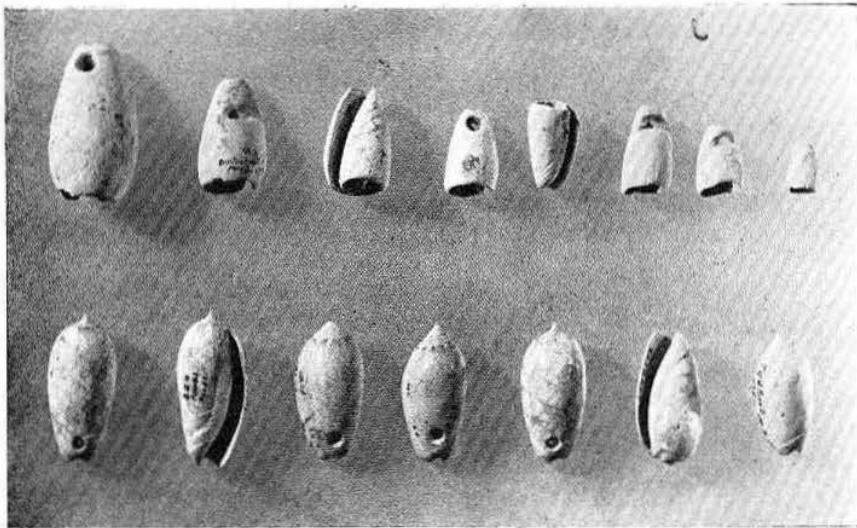
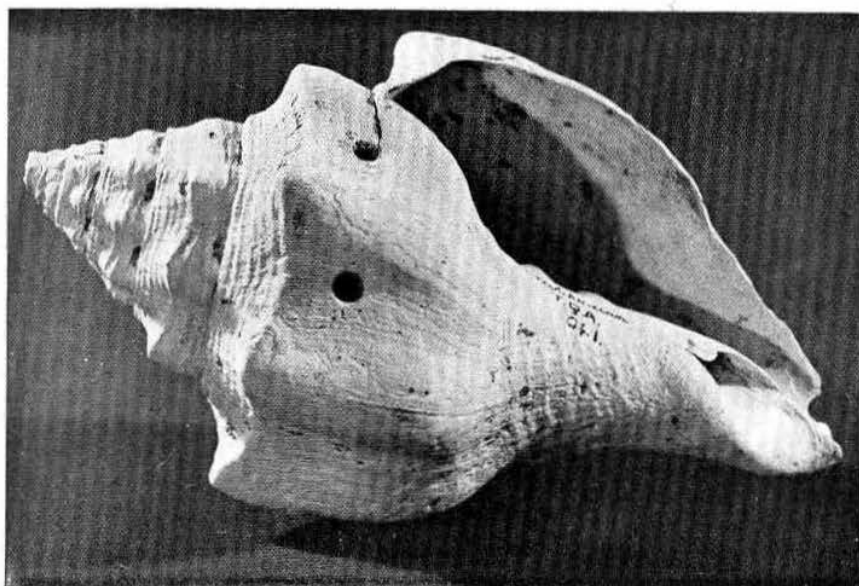


Fig. 3. Caracoles cortados (*Olivu angulata* Lamurck). Caracoles perforados (*Olivu porphyria* Linnaeus). Comunes en ambas ofrendas.



Figs. 4, 5 y 6. *Fasciolaria gigantea* Swby. Ofrenda 1, Quetzalcóatl penúltimo.



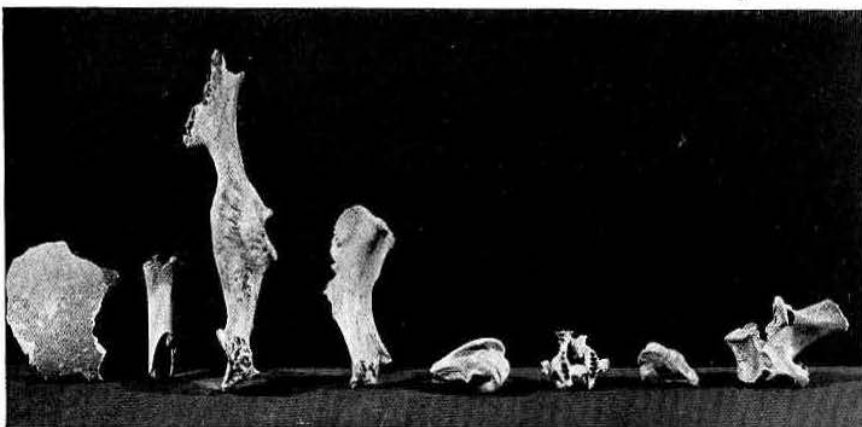


Fig. 7. Fragmentos de cráneo humano y de huesos de animal (venado, liebre, cacomixtle). Ofrenda 2.

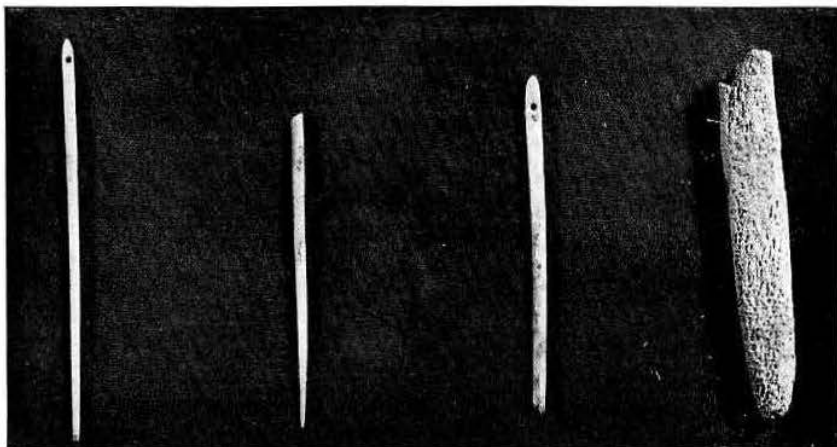


Fig. 8. Aguja y espátula de hueso. Ofrenda 2.

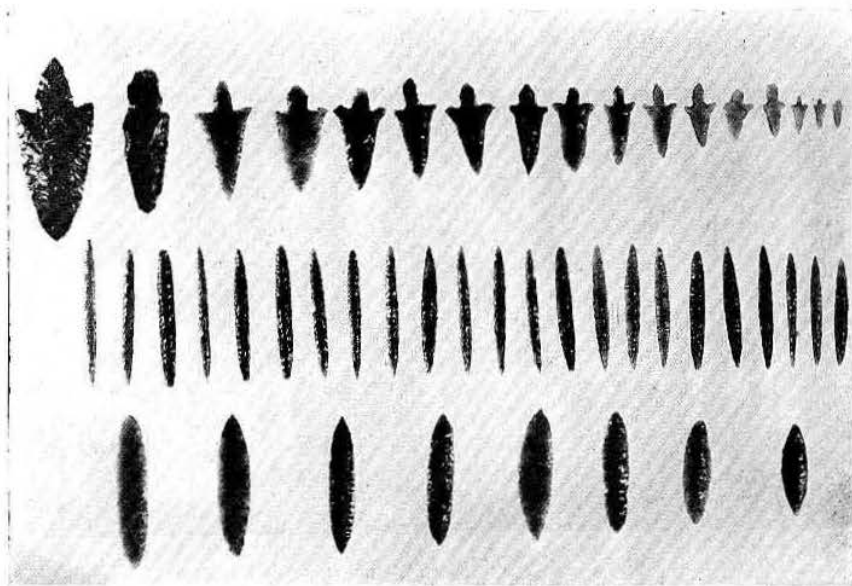
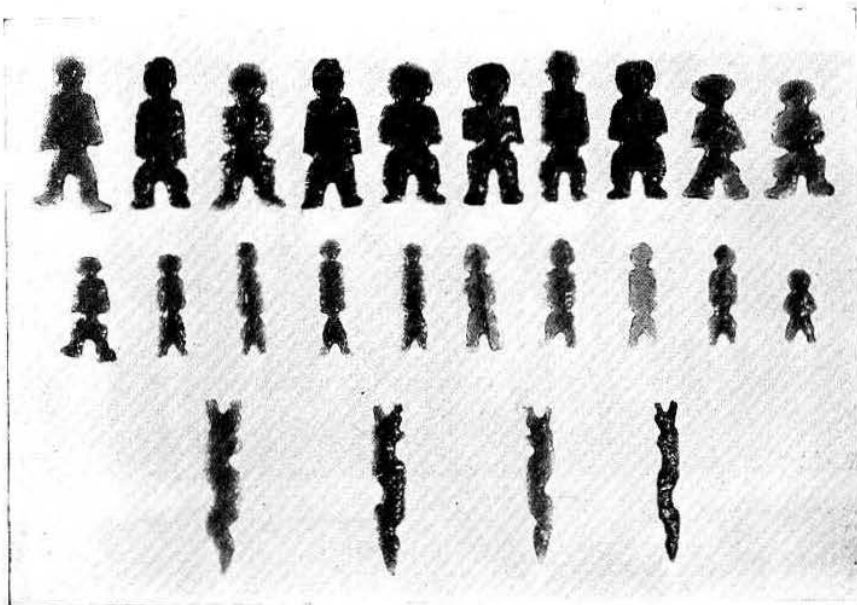


Fig. 9. Figurillas humanas, de 5 a 1 cm.; de serpiente, de 7 cms.; puntas de flecha, de 7 cms. a 5 mm., y cuchillos labrados, de 6.5 cms. a 1.7 cms. Ofrenda 1.



Fig. 10. Pasta de pintura (?) amarilla sobre la que se colocaron
cabecitas de barro. Ofrenda 2.



Fig. 11. Pedazos de jade sin labrar. Ofrenda 2.

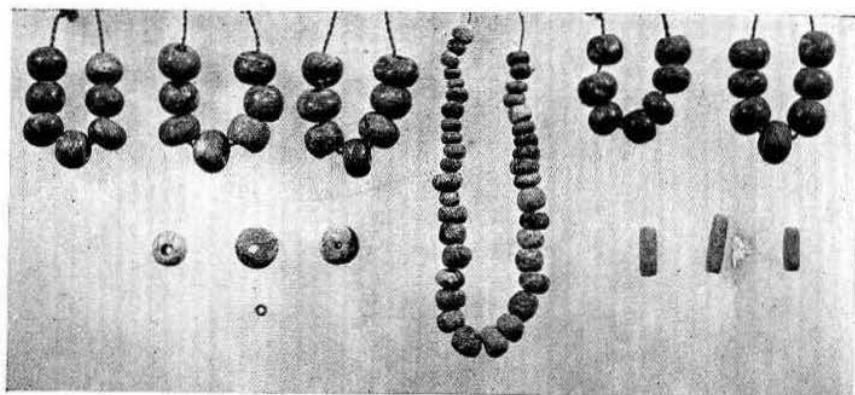


Fig. 12. Sartaes, cada uno de siete cuentas. Ofrenda 2. El sartal grande
proviene de la ofrenda 1.



Fig. 13. Figurillas de barro, humanas y de animales. Nótese la cuarta cabecita de la fila superior montada en un disco de pasta de pintura (?) amarilla. Ofrenda 1.

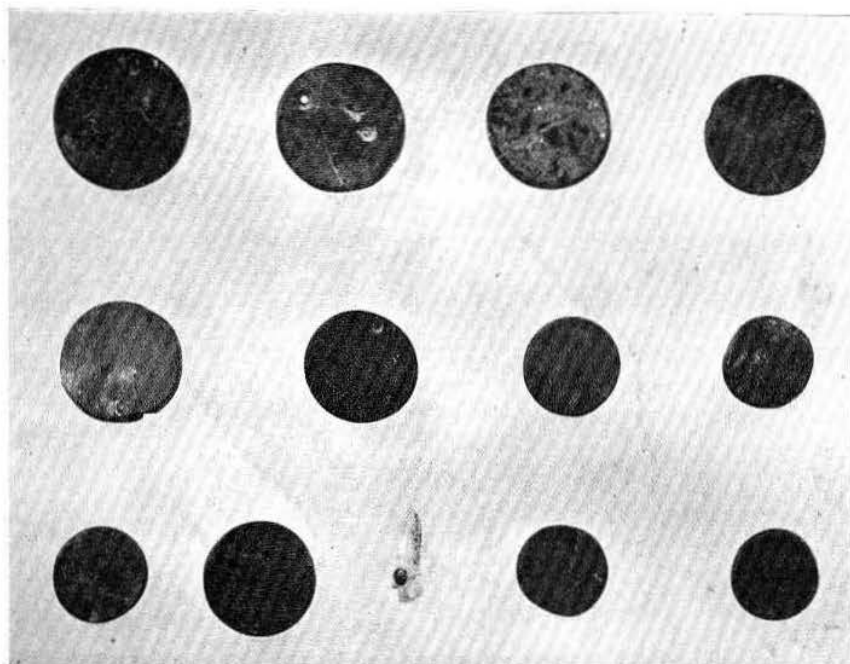


Fig. 14. Espejos de pirita en forma de discos, de 23 cms. a 12 mm. de diámetro. Un segundo incisivo superior mutilado y con incrustación de pirita. Esta deformación corresponde al tipo X. Ofrenda 2.

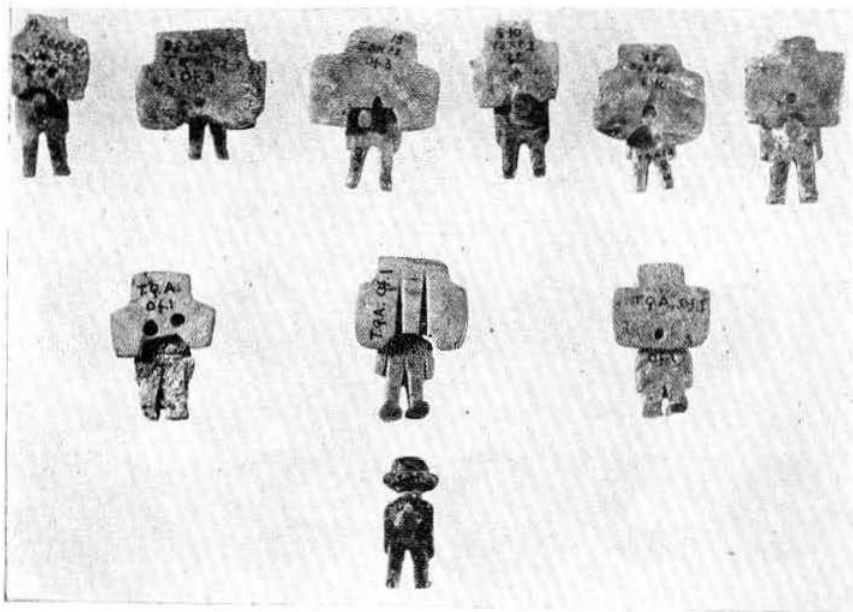
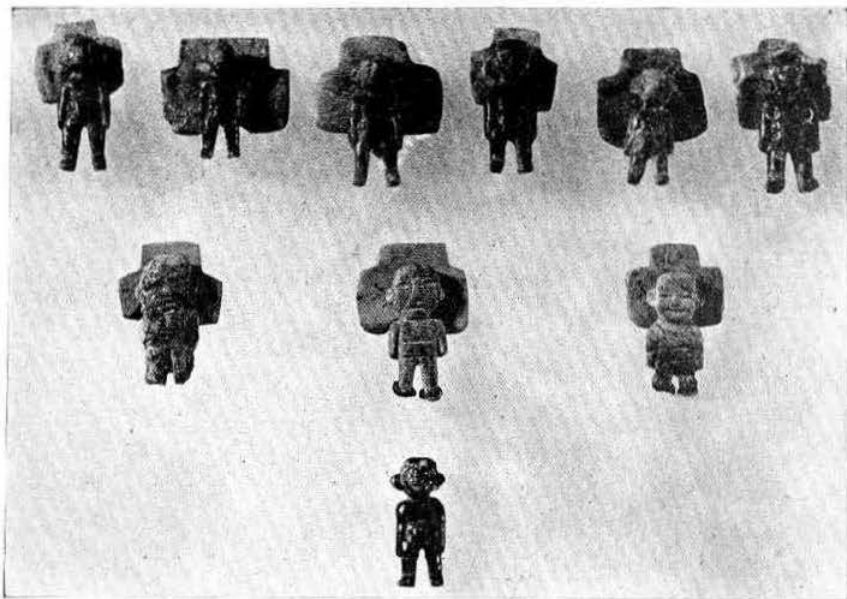


Fig. 15. Vistas anterior y posterior de las figurillas de jade, tipos A y B, de las ofrendas 1 y 2. Nótese el tapón o pivote posterior y el resplandor desmontable.

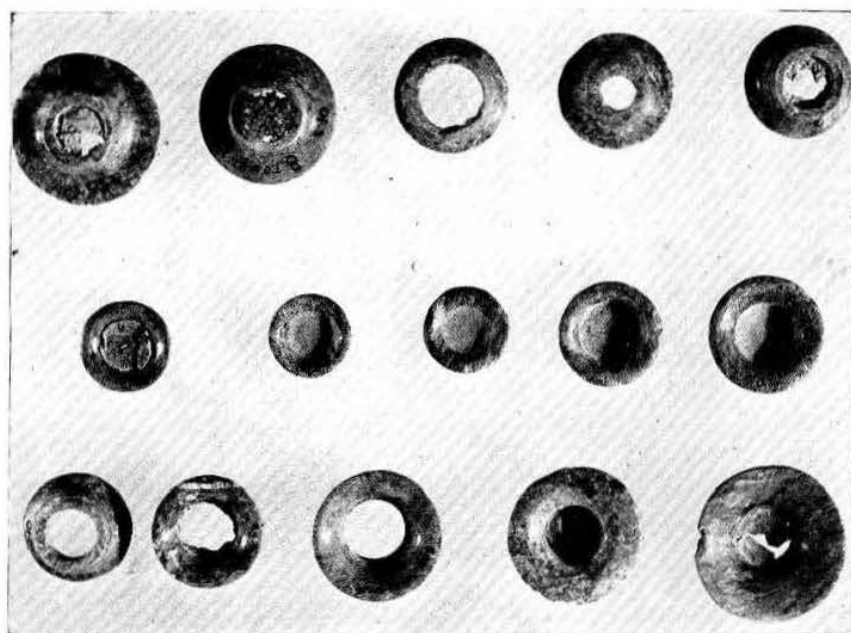
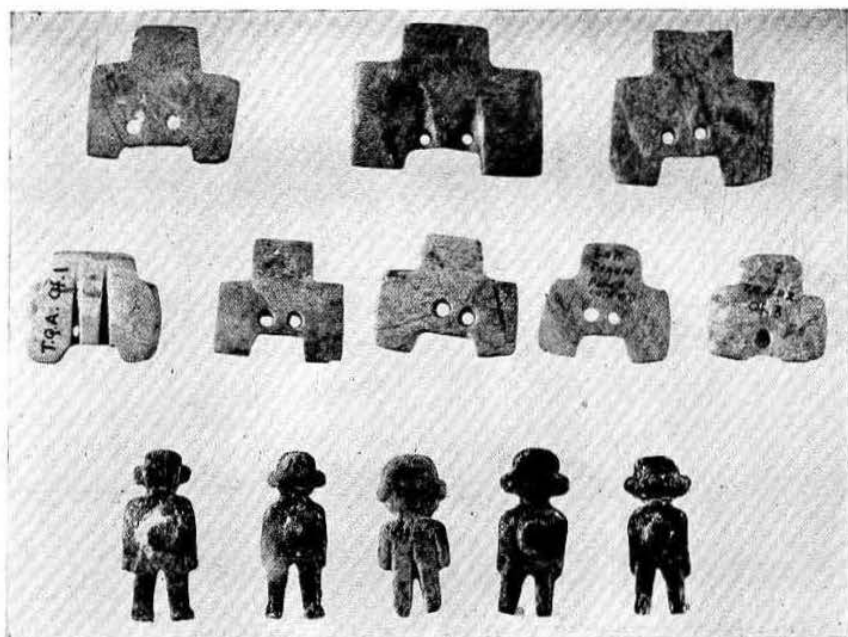


Fig. 16. Resplandores desmontables y vista posterior de figurillas de jade, tipo B, con pivote y restos de pegamento. Orejeras de jade de 3 cms. a 13 mm. de diámetro, con tapón de estuco pintado de rojo. Ofrenda 1.



Fig. 17. Figuras de jade, tipo D, los "desorejados", con perforaciones laterales para las orejeras desmontables. Ofrenda 1.

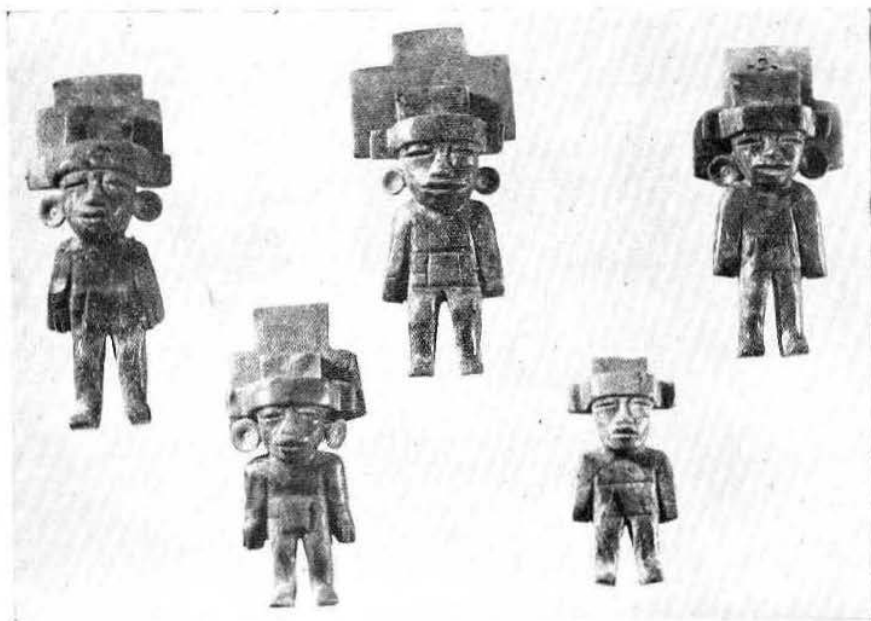


Fig. 18. Figuras de jade, tipo clásicamente teotihuacano, con banda y pelo; orejeras y resplandor desmontables. Ofrenda 2.

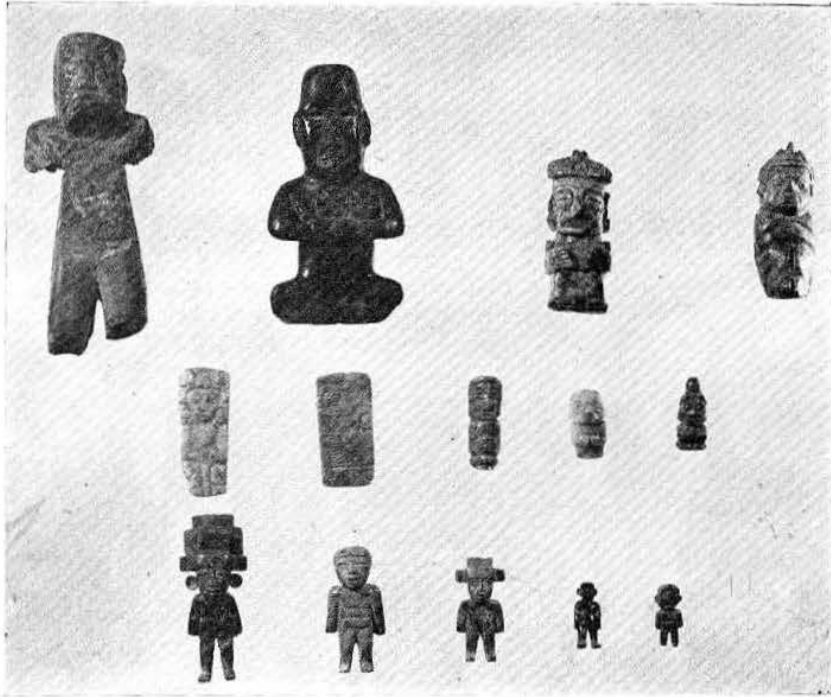


Fig. 19. Diversos tipos de figuras de jade: olmeca, mixteca, zapoteca y los encontrados en las dos ofrendas: A, B, C y D.

núcleo de objetos, entre los que abundaban las figuras humanas y de serpiente, de obsidiana labrada, así como las puntas de flecha y el diente incrustado con pirita. Caracoles con perforación, concha, cuchillos de obsidiana, navajas, cuentas de jade, etc. Es decir, las ofrendas son casi idénticas. La 1 es más pobre en contenido y calidad. No existen las magníficas figuras humanas de jade, mientras que en la 2 no existen los grandes caracoles ni las figuras humanas de obsidiana ni las de serpiente en gran número. De las dos, la segunda es más rica por su contenido y por la destreza manual del trabajo.

La exploración del túnel 1 de la pirámide del Quetzalcóatl Viejo se interrumpió por haberse encontrado, como ya se dijo, una estructura interior. Este dato revela que, en La Ciudadela, existen más de dos épocas. Si el Quetzalcóatl Viejo fué contemporáneo de la estructura interior de adobes de la Pirámide del Sol, la construcción interior, recién descubierta, debe ser considerada como la estructura más antigua de Teotihuacán. Sin embargo, Linné encontró en Xolalpan hasta seis superposiciones, lo que hace suponer que en todos los edificios de la Zona pueden existir más de dos épocas de construcción.

Haciendo un resumen puede decirse que, por primera vez, se encuentran ofrendas *in situ*, correspondientes a la *última* y *penúltima* épocas de construcción de los templos de Quetzalcóatl. Estas se componen de objetos antes desconocidos, como las esculturas de jade con resplandor, tipos B y D. Muchos de los materiales de que están fabricadas las piezas proceden de lugares de la costa distantes del Valle; en realidad, fuera de la obsidiana y las figurillas de barro, todos los demás son de *importación*.

Este hecho sugiere dos consideraciones: (a), se trata de una ofrenda *clásica* a Quetzalcóatl, en la que tuvieron que emplearse materiales y objetos *importados*, o (b), se trata de una simple coincidencia, en la que se reunieron los objetos más preciados que, por accidente, resultaron, la mayor parte, de *importación*. Me inclino a creer que, en este caso, se trata de ofrendas *clásicas* a Quetzalcóatl en las que, necesariamente, se debió emplear materiales y objetos procedentes de otros lugares, muchos de ellos muy lejanos. Esta opinión se apoya en la presencia de los grandes y pequeños caracoles, tan asociados con el adorno de este dios. Los teotihuacanos deben haberse valido de todos los medios a su alcance a fin de obtener los materiales y objetos adecuados para las ofrendas *clásicas* a Quetzalcóatl.

Por último, la exploración revela que existe una época arquitectónica anterior a las dos ya conocidas en el templo de Quetzalcóatl de La Ciudadela.

la. Por consiguiente, al correlacionar épocas y edificios, localizaríamos la más reciente, en el templo fronterero; la penúltima, en el de las cabezas de serpiente; y, la más antigua, debajo de la escalera de este mismo templo.

Mientras Teotihuacán florecía en el Valle de México, en otros lugares, cercanos los unos, más lejanos los otros, florecían también o declinaban otras culturas que, directa o indirectamente, influyeron sobre Teotihuacán. No cabe duda de que los zapotecos del Valle de Oaxaca, constructores de Monte Albán, ya declinaban cuando los teotihuacanos hacían con gran timidez los experimentos arquitectónicos con pirámides y templos de adobe que, más tarde, culminarían en los enormes edificios que hoy nos causan profunda admiración. Los mayas ya hacían anotaciones jeroglíficas cuando los teotihuacanos iniciaban apenas su marcha hacia la altiplanicie. Sin embargo, fuera de las construcciones del Templo Mayor no existe nada, en el Valle de México, que rivalice con Teotihuacán. Los agricultores que les precedieron sólo dejaron Cuicuilco, y pasó tiempo, y se necesitó la creación de todo un imperio, para que pudiera igualarse la obra que, siglos antes, había levantado uno de los grupos humanos de más alta cultura de América.

BIBLIOGRAFIA

- Alcocer, I.*—Apuntes sobre la Antigua México-Tenochtitlán. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1935.
- Bancroft, Hubert Howe.*—The Conquest of Mexico. 3 volúmenes. New York, 1883.
- Bandelier, Adolphe F.*—On the distribution and tenure of lands, and the Customs with Respect to Inheritance, among the ancient mexicans. Peabody Museum II annual Report, Vol. 2. Cambridge, Mass., 1878.
- Batres, Leopoldo.*—Teotihuacán. Memoria que presenta Leopoldo Batres, Inspector General y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana al XV Congreso Internacional de Americanistas, etc. México, 1906.
- Exploraciones y consolidaciones de los Monumentos Arqueológicos de Teotihuacán. México, 1908.
- Teotihuacán o La Ciudad Sagrada de los Toltecas. Monografías de Arqueología Mexicana. México, 1889.
- Teotihuacán o La Ciudad Sagrada de los Toltecas. México, 1910.
- Exploraciones en Huexotla, Texcoco y El Gavilán. México, 1904.
- Beyer, Hermann.*—Sobre antigüedades del Pedregal de San Angel. Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate, tomo 37. México, 1921.
- Boas, Franz.*—Album de colecciones arqueológicas. Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. México, 1911-12.
- Caso, Alfonso.*—¿Tenían los Teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli? El México Antiguo, vol. 4, núms. 3-4. México, 1937.
- Gamio, Manuel.*—Guía para visitar la Ciudad Arqueológica de Teotihuacán. Secretaría de Agricultura y Fomento. Tacubaya, D. F., 1922.

- Gamio, Manuel*.—Las excavaciones del Pedregal de San Angel y la Cultura Arcaica del Pedregal del Valle de México. *American Anthropologists*, vol. 22. Lancaster, 1924.
- The Sequence of Cultures in Mexico. *American Anthropologists*, vol. 26. Lancaster, 1924.
- La población del Valle de Teotihuacán. Secretaría de Agricultura y Fomento, Dirección de Antropología. 4 tomos. México, 1922.
- Jackson, J. Wilfrid*.—Shells as evidence of the migration of Early Culture (Publications of the University of Manchester, núm. 112, Ethnological Series, núm. 2). Manchester, 1917.
- Kroeber, Alfred L.*—Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico. *American Archaeology and Ethnology*, vol. 17. Berkeley, 1925.
- Lehmann, Walter*.—Aus den Pyramidenstädten in Alt-Mexiko. Berlin, 1933.
- Linné, S.*—Archaeological Researches at Teotihuacan, Mexico. The Ethnographical Museum of Sweden, New Series, Publication Núm. 1. Stockholm, 1934.
- A Mazapan Grave at Teotihuacan, Mexico. *Ethnos*, vol. 3, Núm. 6. Stockholm, 1938.
- Linton, Ralph*.—Crops, Soils, and Culture in America. The Maya and their neighbors. New York, 1940.
- Mason, J. Alden*.—Mirrors of ancient America. *Museum Journal*, Museum of the University of Pennsylvania, vol. 18, Núm. 2. Philadelphia, 1927.
- Noguera, Eduardo*.—Antecedentes y Relaciones de la Cultura Teotihuacana. *El México Antiguo*, vol. 3, núms. 5-8. México, 1935.
- Nuttall, Zelia*.—The Aztecs and their Predecessors in the Valley of Mexico. *Proceedings, American Philosophical Society*, vol. 65. Philadelphia, 1926.
- Orchard, William C.*—Obsidian Ear-ornaments. *Indian Notes*, vol. 4, Núm. 3. New York, 1927.
- Palacios, Enrique Juan*.—La Fundación de México-Tenochtitlán. *Anales del Museo Nacional de México*, 5ª época, tomo I, núm. 3. México, 1925.
- Peabody, Ch.*—Red Paint. *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nouvelle Serie, tome 19. Paris, 1927.
- Peñafiel, Dr. Antonio*.—Teotihuacán. *Estudio Histórico y Arqueológico*, 2 vols. México, 1900.
- Reygadas Vértiz, Ing. José*.—Las últimas excavaciones en la Zona Arqueológica de Teotihuacán. México, 1928.
- Rubín de la Borbolla, Daniel F.*—Types of tooth mutilation found in Mexico. *American Journal of Physical Anthropology*, vol. XXVI. Philadelphia, 1940.
- Saville, Marshall H.*—Toltec or Teotihuacan types of artifacts in Guatemala. *Indian Notes*, vol. VII, Núm. 2. *Museum of the American Indian, Heye Foundation*, vol. 9. New York, April, 1930.
- Turquoise Mosaic Art in Ancient Mexico. *Museum of the American Indian, Heye Foundation*, vol. 9. New York, 1922.
- Seler, Eduard*.—*Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterhumbskunde*. Berlin, 1902-1923.
- Die Teotihuacan-Kultur des Hochlands von Mexiko *Gesammelte Abhandlungen Band 5*. Berlin, 1915.
- Vaillant, George*.—Excavations at Zacatenco. *American Museum of Natural History, Anthr. P.*, vol. 32. New York, 1930.
- Excavations at Ticoman. *American Museum of Natural History, Anthr. P.*, vol. 32, part. 2. New York, 1931.
- Excavations at El Arbolillo. *American Museum of Natural History, Anthr. P.*, vol. 35, part. 2. New York, 1935.
- Notes on The Middle Cultures of Middle America. *Proceedings of the 23rd. International Congress of Americanists*. New York, 1928. New York, 1930.
- Vaillant, George*.—Aztecs of Mexico. Garden City. N. Y., 1941.

- Estratigraphical Research in Central-Mexico. Proceedings of The National Academy of Sciences, vol. 18. Washington, D. C., 1932.
- Las Antiguas Culturas del Valle de México. Quetzalcóatl, t. I, año 3, núm. 5. México, 1931.
- Washington, Henry S.*—The jades of Middle America. Proceedings of the National Academy of Sciences, vol. 8. Philadelphia, 1922.
- Yanovski, E.*—Food Plants of the North American Indians. U. S. Department of Agriculture, Miscellaneous Pub., Núm. 237. Washington, D. C., 1936.